

Sobre un tronco viejo al borde del arroyo, el Manopelada lavaba la tararira de escamas relucientes que le había robado al Martín Pescador. Alrededor de él, el monte se inclinaba como si quisiera escuchar los secretos que el agua murmuraba, y la tarde de fines del verano se acostaba tranquila. El Manopelada se detuvo a oler el pescado. De pronto, escuchó unos pasos que se acercaban. Apuró la mirada a un lado y a otro.

? ¡Maldita Zorra! ? protestó.

Saltó a la orilla, y comenzó a tapar con tierra el pescado. Tenía que estar atento, para que la Zorra no le sacara lo que tanto trabajo le costaba robar. Plantó la cola sobre la tararira y se puso a mirar el agua con cara de lechuza aburrida.

? Ta-ra-ri-ra-rí... ta-ra-ri-ra-rá.... ¡Buenas y pescadas tardes, *Manoligera!* ? dijo la Zorra, toda sonrisa.

? Es ManoPELADA? gruñó el Manopelada.

Pero a la Zorra no le interesaba. Comenzó a hacerle cosquillas con el hocico al Manopelada hasta que éste saltó y la cola de la tararira brilló entre la tierra oscura.

? ¡Tararira! ? dijo la Zorra? Gracias por la invitación, *Manorápida*.

A zarpazo y dientes, la Zorra se comió la mitad de la tararira y quedó chupando una espina, mientras apoyaba la pata sobre la otra mitad de pescado.

—¡No puede ser! ? chilló el Manopelada.

? Tranquilo *Manoapurada*, ya me voy yendo, pero esto vuelve al Martín Pescador? dijo la Zorra. Levantó el resto de pescado con el hocico y se fue dejando atrás en el monte el olorcito de la tararira fresca y al Manopelada rebotando de furia.

? Tengo que ganársela a esta zorra, o nunca más voy a comer en paz? decía bajito el Manopelada mientras saltaba de rama en rama por el monte, dándole vueltas al asunto.

...

De tanto andar por las ramas, finalmente se le ocurrió una idea, tan buena que cayó de bigote al suelo. Pero no le importó, se levantó y le gritó a la luna:

—¡Bien lejos la voy a mandar!

Llegó la tarde y el Manopelada, sacó un pedazo de pescado viejo y se sentó a esperar. No habían cantado tres veces las ranas, cuando la Zorra apareció por allí.

? ¡Acérquese, comparta mi humilde comida! ? dijo el Manopelada, arrimándole aquel pescado podrido.

? ¡Qué olor *Manorápida*! ¿Andás pelado hasta para robar?

? Es que ya no queda casi comida en el monte? protestó el Manopelada, hundiendo la panza.

? Hmmm? dijo la Zorra.

? Hace días que no consigo nada. Nadita mismo? suspiró el Manopelada ? Creo que lo único que arreglaría esto, creo, es si tuviéramos unas plumas.

? ¿Plumas? Pero si se clavan en la garganta, se pegan a los dientes... ¡Puaj!

—No serían para comérselas— contestó el Manopelada, mirando a un lado y a otro, misteriosamente.

? ¿Y para qué entonces?

El Manopelada se sentó junto a la Zorra.

—Para conseguir una gallina francesa.

? ¿Y qué tienen de malo nuestras gallinas?? preguntó la Zorra.

? Es que ya no hay? susurró el Manopelada— pero en el zoológico, a la entrada del pueblo, hay muchas aves deliciosas, no solo gallinas francesas...

—Sí, claro? se rió la Zorra ? Y guardias criollos, también hay.

—No interrumpa? interrumpió el Manopelada? Escuche.

El Manopelada se acercó a la zorra y le susurró su plan al oído.

? ¡Mirá *Manorápida*, tu plan me suena a que el guardia me come de postre! dijo la Zorra, apartándose.

—Por favor, si con unas plumas, nadie la reconocería. Claro que tendrían que ser unas plumas raras. Como las que hay en la Amazonia...

—¿La Amazonia? ¿Miles de quilómetros adentro del Brasil?? se sorprendió la Zorra.

—¿Y usted qué creía? ¿Qué desplumábamos un par de palomas y pronto?

—Sí. Tenés razon.

—Pero usted es muy atlética, a un trote manso no pueden ser más de unas semanas? dijo el Manopelada dándole una palmadita en el lomo a la Zorra.

La Zorra se sacudió, como quitándose polvo, y agachó la cabeza. El Manopelada la miraba en puntas de pies.

—A ver. Voy a la Amazonia. Vuelvo con las plumas. Armamos el disfraz. Y me voy al zoológico. Me meten en la jaula con esas gallinitas. Me meten en la jaula... Un momento. ¿Y cómo salgo de la jaula? preguntó la Zorra.

—Queridísima, ahí entro yo. ¿O creía que yo no iba a trabajar nada?

—¿Cómo iba a pensar que querías comer de arriba?? dijo la Zorra, de ojos grandes.

—¡Claro que no! Además las gordas emplumadas no pasan por el tejido de alambre.

La Zorra levantó el hocico, ofendida.

? Pero estimada, me refiero a las gallinas francesas, no a usted.

? A ver, dale, seguí explicando.

? Las llaves están colgadas de la pared, entonces yo robaría la de la jaula de los pájaros y la suelto ¡Y juntos nos traemos todas esas gorditas deliciosas para acá!

Entonces la Zorra se echó a reír y dijo con una mirada pícaro:

—Salgo esta misma noche.

—No se demore— la alentó el Manopelada con otra palmadita en el lomo y murmuró mientras la Zorra se iba del monte:

—Hay tanto pájaro, y tanta pajarona, en el mundo.

...

A la mañana siguiente, el Manopelada estaba tan contento que hasta el lamento estirado de los grillos le pareció alegre. Tanto que se puso a cantar mientras hacía una pila con los higos que había juntado para almorzar.

—¡Quién sabe dónde habrá ido a parar!— se carcajeaba, mientras pensaba en la Zorra, perdida en la Amazonia.

Estaba todavía riéndose cuando vio una cola que venía plumereando el aire entre los pastos de la pradera.

El Manopelada se frotó los ojos y volvió a mirar.

—¡No puede ser!— gruñió el Manopelada retorciéndose de rabia.

Era la Zorra. Y traía un paquete en la boca.

Al ver que la Zorra se acercaba, se pasó la mano por el antifaz, armó una sonrisa y comentó:

—Pero... ¡Qué rápido que hizo el mandado!

La Zorra se sentó sobre el paquete y dijo:

—Es que al llegar al pueblo, me acordé de la vieja Eusebia, ella crió a un amigo mío guacho y entonces...

Pero el Manopelada no escuchaba. No podía sacarle los ojos de encima al paquete sobre el que la Zorra estaba sentada. Entonces la Zorra se levantó y le mostró lo que traía.

Dentro del paquete había plumas. Plumitas. Plumones. De todos los colores.

—¡Qué exageración! Con unas plumas alcanzaba. ¿De dónde las sacó?

—¡Pero si te estoy diciendo! ? protestó la Zorra, comiéndose un higo, después otro y después el último.

? ¡Te escucho!

? ¡Qué dulzura! ¿Hay más?? preguntó la Zorra.

? ¡No! ¡No hay más! ¿De dónde sacó las plumas?

? Tranquilo, *Manoligera*, te repito. La vieja Eusebia crió a un amigo mío guacho...

? ¡Esa parte ya la escuché!

? ¡Qué humor! Bueno, la vieja Eusebia hace trajes para el carnaval... ¿Viste que hoy empieza el carnaval?

? Me importa un higo el carnaval... Hábleme de las plumas.

? ¿Dónde está el higo?? preguntó la Zorra, buscando con el hocico.

? ¡No hay más! gruñó el Manopelada, y pateó el suelo.

? En fin, las plumas se usan para los trajes del carnaval? contó la Zorra? Eusebia estaba en su casa, bajo la parra, dale coser y cantar. Paró para darme unas uvas, porque yo no alcanzaba y cuando terminó de coser, me dio las plumas que le sobraron. Algunas son de trajes viejos, pero sirven, ¿No?

El Manopelada estaba pálido hasta el antifaz.

? ¿*Manorápida*?

Nada.

? Estás muy callado. ¿No sirven las plumas?

...

Claro que las plumas sirvieron.

El Manopelada siguió adelante, que si no era en la Amazonia, bien servía que aquella peste de Zorra quedara presa en el zoológico. La untó con una mezcla de barro y miel y comenzó a pegarle las plumas.

—¡Quieta! ¡A ver si se despega todo!

—Es que pica? protestaba la Zorra.

—¡Qué pica ni pica! ¡A quedarse quieta!

Trabajaba el Manopelada y la Zorra se iba transformando en una extraña, maravillosa ave. La cabeza estaba forrada de pequeñas plumas rojas. Su cuello, comenzaba envuelto en marrón rayado y luego en plumitas naranjas y amarillas. El cuerpo entero estaba cubierto de suaves plumones azulverde, y la cola se abría en unas largas plumas violetas y rosadas.

De rama a nido, de madriguera a cueva se corrió la voz, y fueron llegando los animales.

—¡Fuera! Que van a desarmar el disfraz— gruñó el Manopelada a los que se acercaban a curiosear.

Pero era inútil intentar la calma. El ambiente estaba alborotadísimo.

? La quiero de novia? chilló un lechuzón que había salido temprano para ver a la Zorra hecha pájaro. Y a los pájaros les voló la risa.

—¡Cállense! No puedo trabajar con este escándalo. ¡Parecen loros barranqueros! gritó el Manopelada.

El monte entero hizo silencio, menos los loros, que muy ofendidos se marcharon al otro lado del arroyo y siguieron chillando lindo. Finalmente, el Manopelada dio un paso atrás y miró a la Zorra con admiración.

—¡Pronto! Está usted magnífica, Doña Zorra. Parece una...una verdadera, ¡GUACAPOLLA REAL!

La Zorra dio un par de vueltas meneando las plumas, para que todos la pudieran admirar.

Y cuando ya empezaba a guiñar la noche, marchó rumbo al zoológico. Con mucho cuidado para que no estropear el disfraz.

...

El Manopelada se despertó de un salto. ¿Qué tormenta era aquella? ¡Si había una luna radiante! Sin embargo aquel trueno se acercaba. *Borocotó borocotó borocotó borocotó*. Y para colmo alguien no dejaba de chillar.

Asomó el hocico para ver qué pasaba. Vio entonces que al pie de su árbol, había tres monos que lo saludaban con volteretas y brazos al aire.

? ¡Uenas noches amigazo!? dijo el mono más grande, rascándose la cabeza? Si *usté* mismo es el amigo de nuestra Zorra.

? Yo a usted no lo conozco? murmuró el Manopelada, escondiéndose de nuevo.

? No se guarde amigazo, cualquier amigo de la Zorra es amigo nuestro.

Los otros monos aplaudieron aquella idea, pero el Manopelada se tapó las orejas.

? ¿Me escucha, amigo?

El Manopelada suspiró. “¿Y ahora qué con la Zorra?” pensó.

? Nosotros nos adelantamos, pero ya no van a demorar en llegar los otros? aclaró el mono grande.

? ¿Los otros?? preguntó el Manopelada con voz caída y los pelos de punta.

? ¡Sí están llegando, llegando! Muy amable de su parte de invitar a todo bicho ‘el zoológico a cenar.

? ¿¡Bichos del zoológico!?? preguntó el Manopelada, asomándose de la cueva.

? Bichos del zoológico mismito. Ya nos había prometido la Zorra que algún día nos iba a soltar. Fue ella quien distrajo al guardia.

? ¡De tan borracho la confundió con una muchacha que iba *pa'l* carnaval!? comentó un mono más chico que colgaba de una liana cabeza abajo.

? Y el Martín Pescador nos pasó las llaves y abrimos todas las cerraduras ? terminó el mono grande, y sacudió unas llaves, que a la luz de la luna brillaron como campanas.

El Manopelada no sabía qué decir, volvió a apretarse en su cueva.

? Pero no se preocupe, que anduvo bien todo y ya viene el resto *pa'cá p'al* monte, a cenar con *usté*, amigazo, tan amable la invitación? continuó el mono grande? Mire, allá vienen llegando.

El Manopelada se asomó y vio acercarse por la pradera una tropa de bichos: coatíes, zorros, ñandúes, cabras, apereás y cuanto animal con patas, pelos, colas, picos y plumas había en el zoológico. Todos venían bailando hacia el monte, siguiendo a aquel trueno que no paraba de sonar.

Fue entonces que el Manopelada se dio cuenta que el trueno no era más que el ruido de los tambores del carnaval del pueblo, que cargaba el cielo.

? ¡¡¡¡¡AAAAAAAhhhhhhhhhhhh!!!!!!? chilló el Manopelada ? ¡¡¡Esa Zorra!!!

? ¡Ah mismo!? aclaró el Martín Pescador, desde la rama más alta del monte ? Que la Zorra viene para acá también. Y más vale que rajes ahora, *Manoapurada*, porque donde la persiga el guardia, te lleva de vuelta con el resto del bicherío para el zoológico.

Al escuchar esto, el Manopelada saltó al piso, y sin esperar más, salió del monte a galope pulido.

? ¿Y? ¿Cómo les fue a ustedes?!? preguntó la Zorra, que llegaba de lengua afuera.

? ¡Bien de bien!? comentó el Martín Pescador ? ¿Y el guardia?

? Me entreveré en el desfile del carnaval, y lo dejé ahí, bailando. Después me escurrí y me vine corriendo.

? Habrás corrido, pero no tanto como ese Manopelada? dijo el mono grande ? Iba tan rápido que ni las patas se le veían.

? Así rapidito? se rió el Martín Pescador ? Rapidito mismo en un rato nomás llega a la Amazonia.

Fue tanto lo que se rieron en el monte, que les quedaron doliendo los picos y los hocicos. Aunque nadie se rió tanto como la Zorra.

Que se desplumó de la risa.